

que hubiera sido de horriblas consecuencias para la causa republicana, si el joven comandante Villada no hubiera salvado á aquella benemérita división de los infames proyectos de sus jefes. Villada, á pesar de que todos le reconocieron como jefe, á pesar de que mandaba á aquellos cuatro mil hombres y los tuvo á sus órdenes durante veinte días, y que pudo desde entonces declararse general, aprovechando tan buenos elementos, prefirió conservar el humilde grado militar que había conquistado con su valor, su disciplina y su patriotismo, antes que manchar su hidalga conducta con un acto que pudiera hacer sospechar que obraba impulsado por un sentimiento egoísta más que por la salud de la patria y la defensa de las instituciones republicanas.

V.

Después de los acontecimientos que dejamos reseñados la división republicana se dirigió para Ario de Rosales, en donde Villada convocó una junta de oficiales y manifestó que como lo mandaba la ordenanza estaba resuelto á entregar el mando de las fuerzas al jefe más antiguo de los allí reunidos, que lo era el coronel García. Esto causó hondo disgusto á don Justo Mendoza, allicenciado Lechuga y á los coroneles Eguiluz y Méndez Olivares, que opinaban que los antecedentes de García lo alejaban completamente de semejante honor y que por otra parte no le juzgaban capaz de tomar la dirección de las operaciones militares. Villada alegó que él cumplía estrictamente con lo prevenido por la ordenanza, que no quería seguir ni un día con el mando habiendo jefes allí de alta graduación y que por lo tanto entregaba las fuerzas al coronel García.

Tuvo que aceptarse este procedimiento legal, y la división se puso en marcha para Uruapan, en donde encontraron al general Pueblita que asumió el mando y ordenó el ataque de Pátzcuaro, de donde fué rechazado. De las pérdidas inmensas que sufrió el ejército al ser rechazado de Pátzcuaro, debe ser único responsable ante la historia el general Pueblita, que á pesar de ser un jefe entendido y patriota, cometió la torpeza de embriagarse en los momentos más reñidos del combate, abandonando por completo la dirección del ataque y dejando que las columnas obraran según lo creyeran conveniente sus respectivos jefes. A raíz de tan sensible descalabro, la división se retiró á Uruapan para reorganizarse y allí formó Villada con los restos de su batallón un cuerpo que se denominó *Guías del Ejército*.

En estos momentos principiaron á hacerse sensibles las defecciones de Uraga y Caamaño. El general Carlos Salazar se presentó en Uruapan para tomar el mando de la 1ª División y la dirección del gobierno michoacano, en virtud del nombramiento que se le había confiado, mientras que el general de división don José M<sup>a</sup> Arteaga se ponía al frente del Ejército del Centro y sostenía, con las pocas y desmoralizadas fuerzas que quedaban, la causa de la patria en el Estado de Jalisco. Al encargarse del mando, la primera disposición de Salazar fué ascender á Villada á Teniente Coronel en premio de haber salvado en las Chinampas la 3ª División y todos los fondos del ejército, con los cuales aún se socorría á la tropa.

Apenas se hizo cargo del mando el general Salazar, principió á organizar activamente sus fuerzas y á expedicionar con ellas. Desde luego llamó á su lado al ilustre general Nicolás de Régules, á quien Caamaño

odiaba y tenía alejado del servicio. Régules vivía en Tacámbaro ocultando su patriotismo y su valor y huyendo á la montaña cada vez que se aproximaba á dicho lugar el enemigo extranjero. Aquella adquisición hecha por Salazar fué importantísima para las armas republicanas, pues apenas se pone Régules al frente de la Brigada que se le designó, de la cual formaba parte el Batallón de Villada, puso en juego inmediatamente su actividad incansable y su grande arrojo, haciendo expediciones peligrosísimas y librando combates día con día. Por su parte, el general Salazar se movía también y abría una vigorosa campaña contra el enemigo, el éxito de la cual lo justifica la espléndida victoria alcanzada al atacar la plaza de Santa Clara de Portugal. Régules contaba sus triunfos por los combates que libraban y en toda la zona de Michoacán parecía sonreír la fortuna á las armas de la República.

Desgraciadamente no pasaba lo mismo en el Estado de Jalisco. El mariscal Bazain que no veía con tranquilidad el aumento del ejército liberal y que se alarmaba con los frecuentes triunfos por él conquistados, dispuso dar un golpe decisivo al general Arteaga, reuniendo para el efecto en Guadalajara un número considerable de fuerzas. No obstante que aquel jefe comprendía la desmoralización de la tropa por las defeciones de Caamaño y Uraga, se resolvió á presentar una batalla al ejército francés, para lo cual se retiró á las fronteras de Jalisco y Michoacán, con objeto de tomar posiciones y esperar á las fuerzas enemigas. Arteaga tomó todas las disposiciones del caso para asegurar el éxito del combate, pero desgraciadamente sus avanzadas fueron sorprendidas por unas guerrillas de zuavos, pudiendo de esta manera entrar las columnas francesas hasta el campamento republicano, protegidas

por la obscuridad de la noche. Con semejante sorpresa el ejército principió á desbandarse y sólo opusieron resistencia algunos valientes jefes como el coronel Rioseco y otros que murieron en los lugares que defendían. Con gran peligro y mucha dificultad pudo salvarse el general Arteaga, retirándose con escasísimas fuerzas á Jiquilpan, del Estado de Michoacán, en donde principió á organizar sus fuerzas para entrar de nuevo al Estado de Jalisco.

Por desgracia, la salud del general Arteaga decaía notablemente. Era un hombre alto y excesivamente obeso, que tenía abiertas muchas heridas en las piernas, las cuales le ocasionaban terribles padecimientos y era preciso lavárselas constantemente. Además no podía montar sino en mula ó macho y en una silla especial. Esto lo ponía en malísimas condiciones para dirigir una campaña que requería grande actividad y, á pesar de todo, no se le vió desmayar un sólo instante, hasta que fué infamemente sacrificado por los enemigos de la patria.

Juzgando el ilustre Jefe de que hablamos que sería más útil su presencia en Michoacán para la dirección de las operaciones militares, y que allí podría curarse con más tranquilidad de sus heridas, se resolvió á abandonar el Estado de Jalisco, dejando el mando de las tropas que se quedaban en aquella entidad federal, á su segundo, el general Miguel M. Echagaray.

Con objeto de dictar sus órdenes para dar mayor impulso á la campaña, el general Arteaga se dirigió á Uruapan, á donde llegó acompañado de una pequeña escolta. Desde la primera conferencia que tuvo con Salazar principiaron á agriarse los ánimos y á fomentarse el disgusto que existía desde el último descalabro sufrido por el general en jefe. A esto se agregó que

Salazar, con aquel temple de alma y rudeza que le caracterizaba, sostenía que Arteaga no debía curarse, sino seguir al frente de la situación, aunque esto le costara la vida. No obstante lo cual, este último jefe se retiró á Huetámo, en la tierra caliente, donde estableció el cuartel general y se sujetó á un formal tratamiento médico.

Desde entonces quedaron muy tirantes las relaciones entre ambos jefes, al grado que las órdenes y disposiciones que dictaba el superior se rehusaba Salazar á cumplirlas, por creer que con ellas se le hería y se le hostilizaba. Esto acabó por crear atmósfera malísima al general Arteaga y por aumentar las simpatías de que Salazar gozaba entre sus subordinados, de los que era él ídolo. Su presencia arrogante, su palabra ruda y arrebatadora, la elocuencia militar que poseía, el cariño con que trataba á sus fuerzas á pesar de la exaltación é impetuosidad de su carácter, su aspecto simpático, su trato franco y sencillo, su lealtad y su patriotismo, hacían de él un jefe de prestigio y uno de los hombres más prominentes del partido republicano.

Ya establecido el cuartel general en Huetámo se pronunció en Jalisco don Miguel Echagaray desconociendo á Arteaga, á quien acusaba de haber defecionado, y declarándose por sí y ante sí general en jefe del Ejército del Centro. Esto vino á desconcertar más á los republicanos que se encontraban en Uruapan, y como aumentara el disgusto entre los jefes citados, Arteaga se resolvió á separar del mando al general Salazar, nombrando para substituirlo al general don Vicente Riva Palacio. Este se presentó una tarde al obscurer, en la citada población llevando por todo séquito á un ayudante apellidado Lebrija y á un mudo que era conocido con el apodo de *Tantalancha*. Riva Palacio

que iba en málsimas condiciones y sin elementos militares de ningún género, se alojó en una de las casas principales, muy cerca de la que ocupaba Salazar, las fuerzas del cual éstaban profundamente disgustadas con Arteaga. En dichas fuerzas había gente desordenada y sin disciplina, entre la cual podemos citar á los coroneles Agustín García y Magdaleno Martínez, que habían militado mucho tiempo á las órdenes de Rojas, á otro coronel guanajuatense que llamaban *El Cantarito* y al mismo general Pueblita. Todos tenían batallones á sus órdenes.

El general Riva Palacio al momento que llegó á Uruapan tuvo una conferencia con Salazar, á quien entregó las órdenes de que era portador. Este, al imponerse del contenido de ellas, manifestó que Arteaga había abandonado al ejército, que había motivos fundados para no seguir reconociéndole como general en jefe, y que él por su parte no podía tomar ninguna resolución del momento, porque antes quería conocer la opinión de sus subordinados. En vista de esto Riva Palacio se retiró, quedando pendientes para tener el día siguiente otra entrevista.

Vino la noche y principió á formarse una verdadera tempestad sobre la cabeza de Riva Palacio, que sólo pudo conjurar el valor y la entereza de este ilustre jefe. La fuerza de línea se acuarteló por orden superior, pero la que mandaban aquellos coroneles desordenados, recorrían francas las calles de la población y ya en completo estado de ebriedad—y en medio de un desbordamiento imponente—lanzaba improperios y mueras á Arteaga y Riva Palacio. Parece que García, Martínez y otros habían concebido el infame proyecto de matar esa misma noche al *licenciado*, (1) y para

(1) Así llamaban por desprecio al general Riva Palacio, que no gozaba de simpatías entre aquella gente indisciplinada.

llevarlo á cabo se dirigieron á su habitación disparando tiros sobre las puertas y ventanas. Aquella situación era angustiosa y Riva Palacio, en vez de huir por la puerta de campo de la casa que ocupaba, para evitar una desgracia, se rehusó á hacerlo permaneciendo en su pieza en espera de una muerte segura.

Todos estos escándalos habían sido obra del Secretario de Gobierno de Michoacán, licenciado don Blas José Gutiérrez Flores Alatorre, á quien llamaban el *angel malo* del general Salazar. El día siguiente, cuando hubo terminado el escándalo, se celebró la junta de guerra que se había citado. En ella habló el jefe de la división increpando á Arteaga por su conducta, que no podía calificarse sino como una defección, lo cual apoyó con su carácter exaltado el licenciado Gutiérrez, que invitó al ejército para que aquél fuera desconocido. Para acabar de complicar aquella crítica situación se habían recibido en Uruápan pliegos y proclamas del general Echagaray, relativos á su pronunciamiento y una orden terminante para Salazar, en la que se le mandaba que saliera inmediatamente para Zapotlán á incorporarse al llamado general en jefe del ejército del Centro, para ir rápidamente á atacar á Colima, en donde había una pequeña guarnición y podrían hacerse de muy buenos elementos de guerra, apoderándose del puerto Manzanillo—Todos estos documentos fueron leídos por el secretario de gobierno, quien excitó á los jefes y oficiales reunidos para que reconcieran á Echagaray y se pusieran desde luego en marcha para Jalisco. Casi todos los presentes en la junta se adhirieron el pensamiento y prorrumpieron en vivas al general Salazar. En aquellos momentos, cuando hervían las pasiones y preponderaba el desorden, se presentó Riva Palacio sólo en el lugar de los sucesos y

dirigió la palabra á la reunión, diciendo que no comprendía cómo aquel grupo de valientes y aguerridos republicanos se habían resuelto á llevar á cabo un acto antipatriótico de aquella naturaleza, que relajaba terriblemente la disciplina militar, tanto más punible cuanto que conocían la situación del país, que no podría salvarse sin la unión y el concurso de todos sus hijos. Y la palabra elocuente y sincera de aquel hombre, que se dirigía á unas personas que le odiaban y que estaban profundamente exaltadas, logró calmar aquella tempestad, y aunque no consiguió que se reconociera á Arteaga, exigió y obtuvo contestación por escrito del general Salazar, saliendo el día siguiente para Huetámo, dejando recomendado á todos los jefes que meditaran sobre la trascendencia de su conducta y que obraran después como se los mandara su patriotismo y su honor militar. El teniente coronel Villada fué el que más aplaudió este rasgo de valor y de entereza de Riva Palacio, y desde entonces fué su admirador entusiasta, no habiendo estrechado luego relaciones de amistad con él, porque se vió precisado á seguir el torrente de los acontecimientos. Y la actitud de aquel jefe les inspiró respeto á todos los que antes le denigraban por su falta de antecedentes militares, á los que se burlaban de su grado militar y le llamaban *licenciado* por burla y por desprecio.

## VI

Después de todos estos desagradables sucesos, el general Salazar convocó una junta de jefes y oficiales con objeto de tomar un acuerdo sobre lo que debía hacerse, y entre las muchas opiniones que allí se externaron prevaleció la del teniente coronel Villada, quien mani-

testó que debía abrirse una activa campaña para justificar el acto de rebelión contra Arteaga con una victoria sobre el enemigo extranjero, pues si se daba el caso de tener que batir á aquel jefe, él prefería romper su espada antes que mancharla con la sangre de sus hermanos—Aceptada esta idea, se resolvió salir á incorporarse con el general Echagaray, y el día siguiente á aquel en que la junta se celebró se puso en movimiento la división republicana para Jalisco, por rumbo de Tierra Caliente. Después de cuarenta y ocho horas de camino, pernoctaron en el Plan de Apatzingan y allí fué en donde Régules y Salazar conferenciaron, tratando el primero de convencer al segundo, cuánto era indispensable que volvieran á ponerse á las órdenes del cuartel general, ó que en todo caso se le permitiera regresar con los jefes que quisieran obedecerle para volver á reconocer á Arteaga. El general Salazar no tuvo inconveniente en acceder á esta indicación, y desde luego manifestó que las personas que no quisieran acompañarlo á Jalisco, podían quedarse á las órdenes de Régules. Los coroneles Méndez, Olivares y Eguiluz con las fuerzas que mandaban se pusieron á disposición de este último jefe, y todos reconocieron de nuevo al señor general Arteaga. Villada se resolvió á acompañar á Salazar, que tenía á sus órdenes más de ochocientos hombres y con ellos se dirigió á Jalisco. Sobre el camino, al llegar á Masamitla, batieron y derrotaron á una fuerza francesa, el jefe de la cual murió en el combate. Tomaron de allí para Tamazunchale, de donde se dirigieron á Tecuitatlán y en el camino fué encontrando Villada, cuyo batallón iba de vanguardia, á varios hombres sospechosos, que al ser examinados manifestaron que traían un documento en el cual constaba que el general Echagaray les había dado licencia

absoluta y cómo se practicara rigurosa averiguación sobre el particular, se supo que aquel jefe había atacado á Zapotlán, sin esperar que se le incorporara Salazar, no obstante que sabía su aproximación, en cuyo ataque había sido completamente derrotado, lo cual le sirvió de pretexto para licenciar el ejército y retirarse á vivir á Guadalajara. Entonces se supuso que aquel combate había sido simulado de acuerdo con el enemigo, pues el mal éxito de él autorizaría á Echagaray para disolver sus tropas y retirarse á vivir tranquilo al seno de su familia y amparado con la bandera imperial. Esto vino naturalmente á complicar la situación, pues el general Salazar se quedaba en un país desconocido, rodeado de enemigos y sin ningún elemento; no pudiendo por una parte internarse á Jalisco, ni regresar á Michoacán, y resuelto, con toda su gente, á morir antes que someterse á la intervención, imitando así la conducta innoble de Echagaray.

El general Salazar resolvió dirigirse á Tequititlán para dar descanso y de comer á la tropa, y como tuviera noticia de que allí se encontraba el general Antonio Guadarrama, hombre de gran valor y que gozaba de mucho prestigio en aquella zona jalisciense, le mandó varios correos avisándole su aproximación, recomendándole que se le incorporara con los vecinos que pudiera reunir, que mandara exploradores para Zapotlán y Sayula y que le preparara ranchos para la tropa y forrajes para la caballada. Como ninguno de esos correos volvió, al entrar á la plaza de Tequititlán se tomaron las precauciones necesarias, preparándose para un combate como si hubiera enemigo á quien atacar. En el pueblo reinaba un silencio sepulcral y ni una sola casa estaba abierta. El general Guadarrama, que estaba sometido al Imperio y que mandaba